

«Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte»

Palabras de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás a médicos y enfermos

Se me ha confiado la tarea de rememorar hoy delante de vosotros los hechos y las palabras que Monseñor Escrivá de Balaguer dedica a dar gracia humana y empapar de sentido cristiano las profesiones relacionadas con la salud del hombre.

Comparo vuestro prejuicio, bien fundado, de que, por mucho que sea el empeño que sepa poner en mi cometido, esto me supera. Tengo la firme confianza de que sabréis suplir con vuestros recuerdos entrañables de la más noble figura de nuestro Fundador y primer Orde Canónigo, los defectos de mi relato; la pobreza de mi estilo. Y, así, con esa disposición, cuando yo cite palabras suyas —tomadas de sus escritos, recordadas de sus conversaciones— haced que suenen con aquel acento convescido que a todos nos renueva interiormente; no olvidéis que fueron dichas con aquel don de lengua que en todos nosotros, es cada uno, consigue su mejoramiento personal.

Quisiera que todo mi oficio consistiera hoy lisa y llanamente en saber revivir anécdotas de su vida, en repetir palabras suyas literales. Desearía limitarme a una función de recopilador, para disponer con cierto orden algo de lo que, con tanta abundancia y libertad, brotó de aquel corazón unamorado. Me gustaría, en fin, que por una vez me fuera concedido el don de la elocuencia, para decirlo con calor algo de la armonía y coherencia de su mensaje que, como bien sabéis, **Gonzalo Herranz** de hacerse realidad en la vida de tantos hijos suyos, en la de miles de cristianos

Se me ha confiado la tarea de rememorar hoy delante de vosotros los hechos y las palabras que Monseñor Escrivá de Balaguer dedicó a dar gracia humana y empapar de sentido cristiano las profesiones relacionadas con la salud del hombre.

Comparto vuestro prejuicio, bien fundado, de que, por mucho que sea el empeño que sepa poner en mi cometido, éste me supera. Tengo la firme confianza de que sabréis suplir, con vuestros recuerdos entrañables de la amabilísima figura de nuestro Fundador y primer Gran Canciller, los defectos de mi relato, la pobreza de mi estilo. Y, así, con esa disposición, cuando yo cite palabras suyas —tomadas de sus escritos, recordadas de sus conversaciones— haced que suenen con aquel acento convencido que a todos nos removía interiormente; no olvidéis que fueron dichas con aquel don de lenguas que en todos nosotros, en cada uno, conseguía un mejoramiento personal.

Quisiera que todo mi oficio consistiera hoy lisa y llanamente en saber revivir anécdotas de su vida, en repetir palabras suyas literales. Desearía limitarme a una función de recopilador, para disponer con cierto orden algo de lo que, con tanta abundancia y libertad, brotó de aquel corazón enamorado. Me gustaría, en fin, que por una vez me fuera concedido el don de la elocuencia, para deciros con calor algo de la armonía y coherencia de su mensaje que, como bien sabéis, es un ideal que trata de hacerse realidad en la vida de tantos hijos suyos, en la de miles de cristianos

repartidos por el ancho mundo y en la vida también de muchos que, sin ser discípulos de Cristo, han captado de algún modo su calidad humana, su aliento espiritual.

Antes de entrar en materia, sólo me resta deciros que me siento dichoso de hablaros hoy. A pesar de mis deficiencias que voy a demostraros inmediatamente, me siento dichoso por dos razones. Es la primera la de ser el vocero de palabras tomadas de un tesoro que, como el de la parábola evangélica, llena de gozo a quien lo descubre. La segunda razón de mi alegría reside en la seguridad de que las páginas que os voy a leer servirán —tal como pido todos los días a Dios, por la intercesión de su siervo Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás— para que muchos profesionales de la Medicina y de las Artes sanitarias vean alumbrado su camino con la luminaria de la fe y del amor que pregonó, hasta quemar su vida, este Padre nuestro y sacerdote de Jesucristo, que nunca quiso hablar de otra cosa sino de Dios.

UN PUNTO DE PARTIDA

Si hubiera de elegir un punto de partida que nos permitiera, en breve tiempo, hacernos cargo del aspecto de la vida y de la obra del Fundador del Opus Dei que ahora nos interesa, no tendría muchas dudas en escoger el punto 419 de **Camino**:

—Niño. —Enfermo. —Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula?

Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son El.

En esta identificación del enfermo —quienquiera que sea— con Cristo está la raíz de todo lo que Mons. Escrivá de Balaguer ha vivido y enseñado en relación con la Medicina.

Es una identificación, bien lo sabéis, vieja como el Evangelio, que ha encendido en tantísimas almas el amor a los que sufren a lo largo de dos mil años.

Y es, a la vez, una ecuación nueva como nuevo es siempre el Evangelio. El Fundador del Opus Dei dedicó un esfuerzo constante a enraizar, en el alma de todos cuantos quisieron escucharle, esa idea de *reconocer a Cristo, que nos sale al encuentro, en nuestros hermanos los hombres*¹. En la Homilía **Cristo presente en los cristianos**, predicada en 1967, en la fiesta jubilosa de la Resurrección, Mons. Escrivá de Balaguer nos habla de este tema en el que fue verdaderamente maestro: el de aplicar a la vida ordinaria de cada uno las consecuencias de contemplar a Jesús en su trato con los hombres. Para demostrar que *todas las situaciones por las que atraviesa nuestra vida nos traen un mensaje divino, nos piden una respuesta de amor, de entrega a los demás*², aduce las palabras de ese diálogo que cerrará la historia del mundo: **Entonces el rey dirá a los que estarán a su derecha: venid, benditos de mi padre... Porque yo tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber... enfermo y me visitasteis... A lo cual los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber?... o ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte? Y el rey en respuesta les dirá: en verdad os digo, siempre que lo hicisteis con algunos de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis (Mt. XXV, 34-40).**

¿Cómo vivía el Fundador de la Obra esta doctrina de Cristo que predicaba con tanto empeño? Hemos sido testigos de tantas muestras de su amor operativo, que se hace difícil escoger una. En la que relato a continuación, presenciada por miles de personas, resalta con viveza aquella capacidad admirable que el Padre tenía de traducir en acciones sencillas, en realidad tangible, el dato fundamental de la presencia de Cristo en el alma del cristiano. Ocurrió en Barcelona, a fines de Noviembre de 1972. Mons. Escrivá

1. *Es Cristo que pasa*, 111.

2. *Ibid.*

de Balaguer hubo de poner fin a una tertulia multitudinaria porque le reclamaba el amor a un hijo suyo enfermo, a quien quería visitar: se trataba de don José María Hernández de Garnica, uno de los tres primeros sacerdotes de la Obra, que pocos días después moría a consecuencia de un cáncer. Con un acento conmovido, entrañable, oímos decir al Padre: *Me espera un enfermo, y no tengo derecho a hacer esperar a un enfermo, que es Cristo. Le hace falta el padre y la madre, y yo soy padre y madre.*

Así, reclamado por el amor a Cristo —**caritas enim Christi urget nos** (2 Cor. V, 14), le gustaba repetir— aceleraba el paso para llevar a los enfermos unas palabras de cariño, el consuelo de su presencia, el aliento de la esperanza y, también, un pequeño detalle material. Sólo asomándonos a la hondura de su apasionado amor a Jesucristo —que Monseñor Escrivá de Balaguer confesaba siempre junto con la humilde afirmación de su condición de pecador: *Soy un pobre hombre, un pecador, que ama con locura a Jesucristo*—, comprenderemos que, por ser los enfermos Él, hubiese señalado a *los enfermos, predilectos de Dios* como el tesoro de la Obra, y también como candidatos idóneos para venir a formar parte de la Asociación por él fundada; comprenderemos también que buscarse ambiciosamente el apoyo de la oración de los enfermos, que tanto poder tiene a los ojos de Dios; comprenderemos, en fin, que la enfermedad que sufrió en sí mismo, entre los años 1940 y 1950 aproximadamente, en momentos decisivos de la historia del Opus Dei, fuese considerada como una señal de predilección divina.

CERTIFICANDO LA AUTENTICIDAD

Durante sus viajes de catequesis por la Península Ibérica y por el Continente americano, respondiendo a preguntas hechas por gentes diversísimas, Monseñor Escrivá de Balaguer dejó entrever retazos de la historia —de la prehistoria— del Opus Dei. Es posible recomponer, con

fragmentos tomados de aquí y allá, algo del ambiente en que dio sus primeros pasos, vicisitudes de que Dios se sirvió para que una vez más se cumpliera que **et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia** (I Cor. I, 27); para que quedase bien demostrado que la Obra nacía no de voluntad humana, sino *de la Voluntad de Dios (...) del deseo divino de utilizarla como expresión de su voluntad salvífica universal*³.

Durante uno de esos viajes, alguien rogó al Fundador del Opus Dei: «Padre, por querer mucho a la Obra, desearía que nos explicase aquello de que el tesoro del Opus Dei son los enfermos». No me resisto a transcribir la totalidad de la respuesta de nuestro primer Gran Canciller. Sé que, en parte, no es relevante para el tema que ahora nos ocupa, pero no quiero autorizarme a mutilar un relato autobiográfico —recio y encantador a la vez— que sirve para dar relieve, para colocar en un contexto privilegiado, el testimonio de su amor por los que sufren. *Oye, hijo mío, —contestó nuestro Fundador— había un curita... ¿vamos más lejos? sois unos frescos ... Había un chiquillo que comenzaba a barruntar el amor, y que empezó a tener certeza de que Dios quería algo de él y no sabía qué era. Ese que no pensaba ser sacerdote, se dijo: quizá por este camino llegaré a saber lo que Dios quiere, e hizo sus consultas; primero con sus padres, y a su padre, al que no había visto llorar nunca, ni antes ni después, se le saltaron dos lágrimas, pero le dijo: yo no me opondré, piénsalo. —Lo he pensado mucho. —Pues adelante. Te presentaré a un amigo que te podrá orientar; y así lo hizo. Y ese sacerdote —con 26 años, la gracia de Dios y buen humor, y nada más— después tenía que hacer el Opus Dei. Decían que era loco y tenían razón: estaba loco perdido y continúa loco. Aquí está. Por eso os quiero con toda mi alma; porque estoy loco perdido por el Amor de Cristo. Y ¿sabes cómo pudo? Por los Hospitales. Aquel Hospital General de Madrid cargado de enfermos, paupé-*

3. *Conversaciones*, 32.

rrimos, con aquellos tumbados por la cruja, porque no había camas; aquel hospital, del Rey se llamaba, donde no había más que tuberculosos pasados, y entonces, la tuberculosis no se curaba; ahora no es enfermedad, ahora se cura, los médicos han adelantado muchísimo. ¡Esas fueron las armas para vencer! ¡Ese fue el tesoro para pagar! ¡Esa fue la fuerza para ir adelante! Y a eso se unió la calumnia, la murmuración, la mentira, la falsía de los buenos, que se equivocaban sin darse cuenta —seguro— y a quienes quiero mucho. El Señor nos llevó por todo el mundo, y estamos en Europa, en Asia, en Africa, en América y en Oceanía, gracias a los enfermos que son un tesoro. No se me olvidará aquella pobre criatura a quien yo, sacerdote joven, estaba ayudando a morir después de administrarle la Extremaunción y le susurraba al oído: ¡bendito sea el dolor! —eso es liberación—; ¡amado sea el dolor!, y lo iba repitiendo con la voz rota: murió a los pocos minutos. ¡Santificado sea el dolor! ¡Glorificado sea el dolor! Y no he cambiado de parecer. Me daba una envidia loca.

Estas palabras, que trasladadas al punto 208 de **Camino**, han servido de consuelo a muchos, merecen todavía unas pocas líneas más. Sigue contando Monseñor Escrivá de Balaguer: *Aquella mujer había tenido una gran posición económica y social en la vida, y estaba allí, en un camastro de un hospital, moribunda y sola, sin más compañía que la que podía hacerle yo en aquel momento, hasta que murió. Y ella repetía, paladeando, feliz: bendito sea el dolor —tenía todos los dolores morales y todos los dolores físicos—, amado sea el dolor, santificado sea el dolor, ¡glorificado sea el dolor! El sufrimiento es una prueba de que se sabe amar, de que hay corazón.*

Debo completar este conmovedor testimonio con unas palabras dichas por el Fundador del Opus Dei en la intimidad de una tertulia con un grupo pequeño de hijos suyos. Era el 19 de Marzo de 1975, la última fiesta de San José que celebró en esta tierra. Faltaban pocos días para que se cumplieran sus Bodas de oro sacerdotales. Quizá esta circunstancia favoreció el que se avivaran recuerdos

de sus primeros años de sacerdote y de Fundador. Decía: *Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios ¡Qué indignación siente mi alma de sacerdote, cuando dicen ahora que los niños no deben confesarse mientras son pequeños! ¡No es verdad! Tienen que hacer su confesión personal, auricular y secreta, como los demás. ¡Y qué bien, qué alegría! Fueron muchas horas en aquella labor, pero siento que no hayan sido más. En los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios... Eran gente desamparada y enferma... De modo que fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios, en todos esos sitios. Fueron unos años intensos, en los que el Opus Dei crecía para adentro sin darnos cuenta. Pero he querido decirlos que la fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid: los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas... enfermos incurables, pobres abandonados, niños sin familia y sin cultura, hogares sin fuego y sin calor y sin amor.*

Temo que ante la fuerza poética de estas palabras —¡qué gran poeta alentaba en el Fundador del Opus Dei!— podamos idealizar o dejar en la penumbra la suciedad, la trágica pobreza, el desaseo de aquellos enfermos, a cuyo servicio se entregaba generosamente en una acción sacerdotal agotadora, en una atención material que exigía superar heroicamente la repugnancia que producía la sordidez más nauseabunda.

SU EXPERIENCIA PERSONAL DEL DOLOR

Mons. Escrivá de Balaguer pudo, con justicia, decir de sí mismo que sabía *un poquito* de esa asignatura divina del dolor. Quisiera destacar aquí dos rasgos.

El primero es el carácter inseparable que en su vida tuvieron dolor y alegría. *In laetitia, nulla dies sine Cruce* había escrito con frecuencia y tantas veces en su *Epacta*, queriendo indicar una aspiración para el año que empezaba y, al mismo tiempo, recoger una experiencia que anualmente se repetía. Esa honda y constante alegría suya, que podría aparecer como algo innato, espontáneo, constitucional, era la conquista arduamente alcanzada con su ascética sonriente, el resultado inmediato de su permanente búsqueda de Dios.

Decía un día, en São Paulo, que el hecho de estar enfermo no limita las posibilidades de hacer apostolado: *Padre, yo estoy enfermo... ¡Por eso! Los enfermos son hijos de Dios amadísimos: tienen más ocasiones que nadie de ofrecer al Señor mil cosas, de sonreír... ¡Lo que cuesta sonreír estando enfermo! Conoci a un pobre hombre —un pecador— que estuvo diez años diabético, muy enfermo; se moría de un momento a otro. Cuando sonreía, y sonreía casi siempre, le costaba mucho, pero hay que sonreír. ¡Hay que hacer la vida amable a los demás! Sólo con eso arrastráis a las almas.*

¡Cuántos detalles tan llenos de humanidad nacen de su extensa experiencia de enfermo! A mí me parecen encantadoras las palabras que con un particular cariño dirige a quienes sufren dolencias que padeció en sí mismo. En cierta ocasión descubre entre los hijos que le rodean una cara seria que intenta disimular, bajo la máscara de la inexpresividad, una parálisis facial a **frigore**. Su afecto se vuelca con acentos de buen humor: —*¡Hijo mío, no te pongas tan solemne...! Yo también he estado con la cara así hace veintitantos años. Hay tres testigos de esto en Roma, pero no fue una broma del ambiente: fue que no teníamos dinero para la calefacción, y allí había una humedad morrocotuda. No te preocupes, que te pondrás bien. Acude al médico, y con corrientes se apaña el asunto. Vas a estar mucho más guapo que antes.*

Los diabéticos recibían muestras de especial predilección: *De modo que ¡ánimate! Tú estás pasando por cosas*

por las que he pasado yo. Y yo soy un pobre hombre. De manera que puedes, con mucha alegría, llevar esas contradicciones, esa pequeña cruz, cuando el Señor llevó por nosotros una Cruz tan grande.

Juntamente con esa íntima relación entre sufrimientos y alegría, se ve ya en los ejemplos que anteceden otro segundo rasgo que me parece oportuno comentar: en la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer nada hay artificial, inauténtico; sus enseñanzas sobre el valor sobrenatural de la enfermedad son enseñanzas profundamente empíricas, producto previamente vivido, experimentado: esa conexión inmediata entre la doctrina del Evangelio y la vida del cristiano corriente —que alguien ha considerado como una de las características constantes de su predicación— pasa previamente por su interioridad, se ensaya en su propia vida y, solamente entonces, se vuelca al exterior con ese acento sincero y lleno de convicción. Esto explica que Mons. Escrivá de Balaguer hiciese referencias frecuentes a sus vivencias de enfermo, a sus experiencias. Siempre lo hizo con una intención exclusiva: la de acercar las almas a Dios, sintiéndose instrumento —inepto, le gustaba repetir— de los designios salvadores de Dios. El recurso a la narración en tercera persona de que echaba mano con frecuencia es una prueba de su deseo de desaparecer, de pasar oculto. Si habló de sus dolores fue para animar a gente afligida, para decirles palabras de consuelo, para darles una visión positiva ante la enfermedad y la muerte.

Hijos míos —decía a alguien que le pedía unas palabras oportunas para unos padres atribulados por la minusvalía de sus hijos—, yo os contaré algo de la experiencia de quien estuvo diez años con una enfermedad grave, sin curación, y que estuvo contento, cada día más contento, porque se abandonó en los brazos de Dios, se persuadió de que Dios no es una entelequia, un ser lejano: es más que una madre buena. Y lo repito, lo he dicho antes, es todopoderoso, no se goza en nuestro mal, sino en nuestro bien. Cuando tú, recordaré a ese padre, a esa madre, a los dos, cuando tú quitas

*de las manos de un niño tuyo un cuchillo, una navaja, unas cerillas, con las que está jugando porque temes que se haga daño, el chiquillo protesta, protesta porque le haces daño, porque le quitas un juguete. Nosotros, con la visión de este mundo, estamos viendo un tapiz al revés, por la parte de los nudos, y no comprendemos que la felicidad está después, que esto se marcha como se va el agua de entre las manos. Esto es fugaz. **Tempus breve est**, afirma el Espíritu Santo. Hay muy poco tiempo para amar. Díselo a ellos de mi parte, de parte de quien estuvo enfermo, moribundo por años; más: que murió, pero vive por ahí, por ahí anda dando guerra. Insísteles que el Señor del Cielo es su Padre y que el tiempo para amar es corto. ¡Que amen aquí! Y que el amor se manifiesta en el dolor. Hay una vieja poesía —¿me perdonáis si me pongo cursi? A mí me dejáis hacer todo; sois buenísimos—... La poesía es muy mala, pero el concepto es bueno:*

**Mi vida es toda de amor
y si en amor estoy ducho
es por fuerza del dolor;
pues no hay amante mejor
que aquel que ha llorado mucho**

y los hombres también lloramos. Pero éstos, que se enjuguen las lágrimas. Porque lo que está haciendo Dios con ellos es manifestarles su predilección. Les esperan ¡tantos goces! Les espera tanta felicidad y para siempre, ¡díselo!

Esta entrega a la Voluntad divina, esa disposición de completa docilidad ante los designios de Dios, se manifestaba también en un seguimiento fiel de las prescripciones de los médicos. La risa era el acompañamiento inevitable del auditorio cuando, comentando la necesidad de hablar con fiadamente en la dirección espiritual, de vivir una *sinceridad salvaje*, echaba mano de la situación paralela del enfermo explorado por el médico. Un ejemplo, en mil ocasiones repetido; por esta vez, el enfermo era él mismo: *¿Para qué está la conversación con el Director? Para abrir el corazón. ¿Para qué están los médicos? Para que les di-*

gamos las cosas que nos pasan. Yo tengo un poco de faringitis, que no es nada... He llamado al médico, un hermano vuestro médico, y me ha dicho: —Abra la boca. Yo he abierto la boca. Ha venido con una bombillita y me ha apretado la lengua para abajo... Me he tenido que dejar hacer y le he dejado hacer todo lo que le ha dado la gana. Ha llegado hasta las amígdalas, pero no las ha encontrado, porque me las quitaron hace muchos años. No me ha dado vergüenza. ¿Por qué me va a dar vergüenza? Pues, si yo quiero curarme el alma... tengo que hacer como con el cuerpo... Tú dices lo que sientes; te hacen algunas preguntas y dejas que miren, eso es, que pongan una luz y que te den la medicina... A mí: ...Y cada tres horas tomará usted éstas. Y no se ha fiado de mí y se las ha dado a Don Javier, que dentro de tres horas vendrá con una pastillita y me la dará. Yo no cerraré la boca: tomaré la pastilla. Ya os lo digo, haré lo que me digan.

Fue siempre dócil al médico. Sólo en una ocasión no siguió esa pauta de cumplir exactísimamente las indicaciones de los médicos. Ocurrió en 1946: dentro de unas semanas se cumplirán los 30 años. El Fundador del Opus Dei se encontraba entonces enfermo de gravedad. Él mismo ha descrito su situación con estas palabras: *Cuando me acostaba por la noche, no sabía si me levantaría al día siguiente, y cuando me levantaba no sabía si me acostaría... Me puedo morir hoy mismo: siempre nos puede suceder esto. Pero con una enfermedad grave, como entonces tenía... ¡Nunca he sido más dichoso que en esos diez años!* A estos sufrimientos físicos, se sumaba entonces la responsabilidad de abrir un cauce jurídico para la Obra, de buscar un lugar para el Opus Dei en el Derecho de la Iglesia. Era ésta una exigencia urgida por la entrega de millares de almas a Dios en su Obra y, sin embargo, las dificultades que entorpecían el camino hacia una solución conveniente parecían insuperables. Se hizo precisa la presencia del Fundador en Roma. Desoyendo el parecer del médico que declaraba no responder de la vida de Mons. Escrivá de Balaguer si éste realizaba ese viaje, pero con el parecer favorable

—con la fe gigante— del Consejo General de la Obra, el Fundador viajó a Roma, jugándose la vida, arriesgándolo todo. Y *Dios nos escuchó, y escribió en estos años romanos, otra página maravillosa de la historia de la Obra.*

Podría alargarme en este capítulo que equivale a un cumplirse al pie de la letra tanto las palabras de la Escritura **Virtus in infirmitate perficitur (2 Cor. 12, 9)** como el comentario que a ellas hizo el Fundador de la Obra en la Homilía **Vida de Fe: Con fe en el Señor, a pesar de nuestras miserias —mejor, con nuestras miserias—, seremos fieles a nuestro Padre Dios; brillará el poder divino, sosteniéndonos en medio de nuestra flaqueza**⁴.

Pero he de terminar este epígrafe. Y para hacerlo quiero tomar prestadas unas palabras del actual Presidente General del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Don Alvaro del Portillo, quien más de cerca ha acompañado paso a paso la vida del Fundador por espacio de cuarenta años: «Lleno de Dios, su alma tiraba del cuerpo de un modo asombroso; la parte espiritual predominaba de tal manera sobre la parte somática que, no obstante su edad madura, le permitía esa actividad desbordante que tantos de vosotros habéis presenciado... Nadie puede entenderlo de otra forma. Los médicos que le atendían me han dicho que... sólo se explican su gran vitalidad física por la fuerza espiritual, tan imponente, que le animaba. El alma —su amor a Dios, y por Dios, al prójimo— le daba aquel empuje apostólico arrollador, tirando de su cuerpo, ya no joven, hacia arriba, de modo que, a veces, empezaba una de aquellas tertulias —catequesis— multitudinarias muy cansado, por no haber dormido, y la terminaba con ganas de empezar otra enseguida, para hacer el bien.»

4. *Vida de fe* (Homilía pronunciada el 12.X.1947). Madrid, 1973, pp. 15 y 16.

PALABRAS HUMANAS PARA REALIDADES DIVINAS

El Fundador del Opus Dei recibió de Dios la especial capacidad de percibir ese *algo divino que en los detalles se encierra*⁵. Alguien ha afirmado que ese don viene a ser como un divino sentido del humor, que permite ver a través de las cosas y descubrir a Dios que se oculta en ellas. Es ésta una capacidad que tienen desarrollada en alto grado los santos. El Evangelio rebosa de parábolas y comparaciones; aparece poblado de un bullente mundo de personajes humanos, de animales domésticos o salvajes, de mil cosas revueltas en un desorden amable, que están allí para revelarnos verdades misteriosamente luminosas relativas al Reino de los cielos.

Monseñor Escrivá de Balaguer tenía ese divino sentido del humor. En el aspecto que ahora nos concierne más directamente, su mirada atenta a lo divino le hizo descubrir mil semejanzas entre la vida sobrenatural y la vida biológica; su profunda, arraigada, humildad le hizo amar y no despreciar ninguna de las realidades, le llevó a agradecerlo todo, *porque todo es bueno* tal como afirma el punto 268 de **Camino**. Su intimidad, el trato continuo con Dios en la oración y en el trabajo le hizo ascender por ese plano inclinado que nos acerca cada vez más al punto de vista de Dios, desde el cual el mundo, reconciliado por la muerte redentora de Jesucristo, se presenta con unas perspectivas bien diferentes de las que proporciona esa *visión plana, pegada a la tierra, de dos dimensiones*⁶ del **animalis homo que no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (1 Cor. II, 14)**.

Las realidades penosas de la enfermedad y de la muerte, las operaciones terapéuticas, la actividad del médico, incluso las enfermedades mentales adquieren, al menos por

5. *Conversaciones*, 116.

6. *Camino*, 279.

un momento e independientemente de su valor trascendente, el valor de término de comparación para comprender mejor las realidades sobrenaturales: Monseñor Escrivá de Balaguer emplea, con fuerza poética y a veces con una sonrisa que suaviza su crudeza, imágenes médicas y biológicas de fuerte valor catequético para conmover nuestras almas e invitarlas a avanzar por caminos de amor y de más luminoso conocimiento.

Y, así, en su Homilía sobre la humildad, se hacen vibrar con realismo las palabras del Eclesiástico: *¿Soberbia? ¿De qué? La Escritura Santa recoge acentos, trágicos y cómicos a un tiempo, para estigmatizar la soberbia: ¿de qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? Ya en vida vomitas las entrañas. Una ligera enfermedad: el médico sonríe. El hombre que hoy es rey, mañana estará muerto (Cfr. Eccli. X, 9, 11-12)*⁷. A estas palabras parecen hacer eco las de algunos puntos de **Camino**, que constituyen una apretada síntesis de realismo tanatológico, ennoblecido por unos contrastes de poesía, que nos obligan a detener la mirada ante ese ineludible episodio de nuestra historia personal:

601. *¿Soberbia? —¿Por qué?... Dentro de poco —años, días— serás un montón de carroña hedionda: gusanos, líquidos malolientes, trapos sucios de la mortaja..., y nadie, en la tierra, se acordará de ti.*

741. *¿Ves cómo se deshace materialmente, en humores que apestan, el cadáver de la persona querida? —Pues, ¡eso es un cuerpo hermoso!— Contéplalo y saca consecuencias.*

742. *Aquellos cuadros de Valdés Leal, con tanta carroña distinguida —obispos, calatravos— en viva podredumbre, me parece imposible que no te muevan.*

Pero, ¿y el gemido del duque de Gandía: no más servir a Señor que se me pueda morir?

Camino está sembrado de metáforas médicas. Un patólogo no puede reprimir una reacción de simpatía al ver comparada la puesta en práctica de los propósitos al pro-

7. *Humildad* (Homilía pronunciada el 6.IV.1965). Madrid, 1973, 18.

ceso de curación de una herida⁸. Alguien describe su situación como *un dolor de muelas en el corazón* y se le recomienda un buen dentista que le haga unas extracciones⁹. Se equiparan los efectos de la Comunión de los Santos para el alma a los de la transfusión de sangre para el cuerpo¹⁰. Se reconocen por dos veces las mil torturas o dolores que acompañan a una cruenta operación quirúrgica¹¹. Desfilan personajes diversos: uno que cierra casi los ojos, por exigencias de su miopía¹²; o el médico modernista que escribe biografías de seres deformes¹³. En un punto se ponen en boca de un médico apóstol unas palabras en elogio de la castidad y menosprecio de la lujuria¹⁴; en otro, un microscopista explica una lección de perseverancia sacrificada en el trabajo¹⁵, etc., etc.

Hay, por otra parte, una gran riqueza catequética en múltiples analogías entre la vida corporal y la vida del alma cristiana en las Homilias de Monseñor Escrivá de Balaguer. Solamente aludiré a unas pocas: La oración llega a hacerse continua, como el pulso, como el latir del corazón¹⁶. El apostolado obrará en las almas milagros que son descritos por el Fundador del Opus Dei en unas líneas rebosantes de gozosa experiencia y comparables a los operados por Jesús y sus discípulos: *...me atrevo a asegurar que el Señor nos hará instrumentos capaces de obrar milagros y, si fuera preciso, de los más extraordinarios. Daremos luz a los ciegos. ¿Quién no podría contar mil casos de cómo un ciego casi de nacimiento, recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo? Y otro era sordo, y otro mudo, que no podían escuchar o articular una palabra como hijos*

8. *Camino*, 256.

9. *Ibid.*, 166.

10. *Ibid.*, 544.

11. *Ibid.*, 224 y 488.

12. *Ibid.*, 283.

13. *Ibid.*, 133.

14. *Ibid.*, 124.

15. *Ibid.*, 277.

16. *Es Cristo que pasa*, 8.

de Dios... Y se han purificado sus sentidos, y escuchan y se expresan ya como hombres, no como bestias. **In nomine Iesu! (Act. 3, 6)**, en el nombre de Jesús sus Apóstoles dan la facultad de moverse a aquel lisiado, incapaz de una acción útil; y aquel otro poltrón, que conocía sus obligaciones pero no las cumplía... En nombre del Señor, **surge et ambula! (Act. 3, 6)**, levántate y anda.

El otro, difunto, podrido, que olía a cadáver, ha percibido la voz de Dios, como en el milagro del hijo de la viuda de Naim: **muchacho, yo te lo mando, levántate (Lc. 7, 14)**. Milagros como Cristo, milagros como los primeros Apóstoles haremos. Quizá en ti mismo, en mí se han operado esos prodigios: quizá éramos ciegos o sordos, o lisiados, o heríamos a muerto, y la palabra del Señor nos ha levantado de nuestra postración¹⁷. ¿No es ésta una invitación al apostolado exigente y llena de promesas? Aunque el tema tiene una larga tradición en la literatura cristiana, yo no he visto nunca utilizar las analogías entre vida corporal y vida cristiana, entre lesión somática y defecto moral con tan vigoroso ánimo, con tanta compasión y con tan firme esperanza. Y sin embargo, pienso que es en la Homilía **Vida de fe** donde una vez más Monseñor Escrivá de Balaguer alcanza en la comprensión de Cristo —que *no ataca, perdona; no condena, absuelve; no observa con despego la enfermedad, sino que aplica el remedio con diligencia divina*¹⁸—, una cumbre de la catequesis cristiana de todos los tiempos.

Al estudiar el itinerario espiritual que recorrió el Fundador del Opus Dei para llegar a este profundo entendimiento de Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, pienso que nunca podrá prescindirse de su percepción de Jesús como el Médico divino. Hay en la Homilía del Jueves Santo sobre **La Eucaristía, Misterio de Fe y de Amor** una referencia al contenido del diálogo con Cristo durante la

17. *Para que todos se salven* (Homilía pronunciada el 16.IV.1964). Madrid, 1973, pp. 20 y 21.

18. *Vida de fe* (Homilía pronunciada el 12.X.1947). Madrid, 1973, p. 12.

acción de gracias después de la Santa Misa; un diálogo que puede consistir, en muchas ocasiones, en considerarle como Rey, como Médico, como Maestro, como Amigo. *Es Médico y cura nuestro egoísmo, si dejamos que su gracia penetre hasta el fondo del alma. Jesús nos ha advertido que la peor enfermedad es la hipocresía, el orgullo que lleva a disimular los propios pecados. Con el Médico es imprescindible una sinceridad absoluta, explicar enteramente la verdad y decir: Domine, si vis, potes me mundare (Mt. VIII, 2), Señor, si quieres —y Tú quieres siempre—, puedes curarme. Tú conoces mi flaqueza; siento estos síntomas, padezco estas otras debilidades. Y le mostramos sencillamente las llagas; y el pus, si hay pus. Señor, Tú, que has curado a tantas almas, haz que, al tenerte en mi pecho o al contemplarte en el Sagrario, te reconozca como Médico divino*¹⁹.

Palabras humanas para realidades divinas: ¿No es éste acaso un modo rectísimo y fecundo de traducir a un lenguaje que sabemos comprender fácilmente la realidad honda del Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios? A ninguno de los que tuvimos la fortuna de estar presentes en aquella ocasión se nos olvidará la fuerza, la convicción que quebraba la voz en su garganta, cuando en una luminosa mañana de octubre de 1967, revestido de los ornamentos sacerdotales, nos dirigía durante la Santa Misa, a pocos metros de aquí, estas palabras: *¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios*²⁰.

APOLOGÍA DE LA NORMALIDAD

Una de las consecuencias del fecundo principio de la unidad de vida que acabo de anotar, es el amor a lo ordi-

19. *Es Cristo que pasa*, 93.

20. *Conversaciones*, 114.

nario, a lo común, a lo cotidiano, que lleva aparejada una instintiva repugnancia hacia lo espectacular, lo extravagante, lo postizo.

Sírvanos para abordar el tema algo que distenderá por unos momentos el hilo de este relato: un chispazo de humor amablemente irónico —de tan acreditada tradición en las artes pedagógicas por su capacidad de hacer amable la enseñanza y fácil de recordar la lección— que Monseñor Escrivá de Balaguer incluye en su Homilía de Adviento sobre **La Vocación cristiana**. Al destacar que ésta es vocación de sacrificio, de expiación, de penitencia, quiere resaltar también que debe vivirse dentro de la normalidad. El argumento le lleva a disculpar, lleno de comprensión, a esos biógrafos de santos que *querían, a toda costa, encontrar cosas extraordinarias en los siervos de Dios, aun desde sus primeros vagidos. Y cuentan, de algunos de ellos, que en su infancia no lloraban, por mortificación no mamaban los viernes... Tú y yo nacimos llorando como Dios manda; y asíamos el pecho de nuestra madre sin preocuparnos de Cuaresmas y de Témporas...*²¹. Anoto marginalmente que, con toda probabilidad, estas últimas palabras habrán sido recibidas con satisfacción por puericultores y neonatólogos partidarios de la lactancia materna.

Nada hay de estridente en su espíritu, en sus enseñanzas. Lo normal —lo más heroico— es *morir inadvertido en una buena cama, como un burgués..., pero de mal de Amor*²². Pero es necesario cuidar la salud, porque es necesario trabajar intensamente para extender el Reino de Cristo: *Hay que procurar, con particular esmero, que el cuerpo responda siempre como un buen instrumento del alma y, por todos los medios, evitar que alguien pueda llegar —por las circunstancias de su trabajo o por otras causas— al agotamiento físico, que suele llevar también a la ruina psíquica y producir una falta de energías que son necesarias*

21. *Es Cristo que pasa*, 9.

22. *Camino*, 743.

*para la lucha interior: porque, insisto, la gracia de Dios cuenta ordinariamente con esas fuerzas naturales. Incluso el dolor que es siempre bendición de Dios y uno de los tesoros del hombre en la tierra, que no puede ser despreciado²³, debe ser sometido a una regla de prudencia, a un criterio de eficacia. El dolor físico, cuando se puede quitar, se quita. ¡Bastantes sufrimientos hay en la vida! Y cuando no se puede quitar, se ofrece. El Padre insistía frecuentemente en la necesidad de dedicar algún tiempo al descanso y lo recomendaba a sus hijos, para que siempre estuvieran en condiciones de rendir intensamente en su trabajo profesional, en su labor de apostolado. Consideraba también la revisión médica periódica como particularmente necesaria y, parece superfluo decirlo, tenía una gran confianza en los médicos, cuyos consejos y prescripciones seguía cuando lo necesitaba, y hacía seguir a sus hijos. En Camino, había escrito: *Decaimiento físico. —Estás... derrumbado. —Descansa. Para esa actividad exterior. —Consulta al médico. Obedece, y despreocúpate.**

Pronto volverás a tu vida y mejorarás, si eres fiel, tus apostolados²⁴.

Y con igual fuerza confiaba en el valor de la sinceridad, de la sencillez, del abandono en las manos de Dios como ambiente interior que impide el desarrollo de complicaciones psicológicas. El amor suyo al *aire limpio* y al *agua clara* de una vida interior sin tapujos vino a convertirse —permitidme los términos impropios— en una continua campaña profiláctica en favor de una de las virtudes que más abundantemente predicó: la sinceridad; en favor del Sacramento de la Penitencia, hablando del cual se encendía en acentos conmovedores, comparando esa muestra del amor divino al *cariño de una madre que coge al niño, y lo mete en agua y lo enjabona y lo perfuma y lo arregla, ¡y al fin el crío está hecho un cielo!* Conviene que, siguiendo

23. Cfr. Camino, 194.

24. Camino, 706.

sus enseñanzas, profundicemos en el valor de las virtudes humanas, de las virtudes cristianas, de los Sacramentos como medios de santidad y como factores de equilibrio, de salud espiritual: aspirando a realizar en nosotros el varón perfecto en Cristo de que nos habla San Pablo en su carta a los de Colosas (1, 28).

Otra manifestación de su amor por la normalidad era su rechazo de toda milagrería: *No soy «milagrero»*. —*Te dije que me sobran milagros en el Santo Evangelio para asegurar fuertemente mi fe*²⁵. Y aunque su fe gigante y su experiencia le llevaban a afirmar que *el brazo de Dios, su poder, no se ha empequeñecido*²⁶; que *ahora hay también milagros: ¡nosotros los haríamos si tuviéramos fe!*²⁷, nunca ocultó su predilección —lo hemos visto hace un momento— por esas maravillas escondidas, no susceptibles de ser sometidas a recuento o comprobación, que ocurren en el interior de las almas. En una carta fechada el 17 de Junio de 1967, dirigida a sus hijos de España, hablaba ilusionadamente de lo que esperaba de la bondad de Dios, por la intercesión poderosa de Nuestra Señora de Torreciudad, Reina de los Ángeles, cuyo santuario comenzaba entonces a construirse. He aquí sus palabras: *Un derroche de gracias espirituales espero, que el Señor querrá hacer a quienes acudan a su Madre Bendita ante esa pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos. Por eso me interesa que haya muchos confesonarios, para que las gentes se purifiquen en el santo sacramento de la penitencia y —renovadas las almas— confirmen o renueven su vida cristiana, aprendan a santificar y a amar el trabajo, llevando a sus hogares la paz y la alegría de Jesucristo: **la paz os doy, la paz os dejo**. Así recibirán con agradecimiento los hijos que el cielo les mande, usando noblemente del amor matrimonial, que les hace participar del poder creador de Dios: y Dios no frac-*

25. *Camino*, 583.

26. *Ibid.*, 586.

27. *Ibid.*, 583.

sará en esos hogares, cuando El les honre escogiendo almas que se dediquen, con personal y libre dedicación, al servicio de los intereses divinos.

¿Otros milagros? Por muchos y grandes que puedan ser, si el Señor quiere honrar así a su Madre Santísima, no me parecerán más grandes que los que acabo de indicar antes, que serán muchos, frequentísimos y pasarán escondidos, sin que puedan hacerse estadísticas.

Os digo esto, recordando cuánto me gusta beber con devoción de hijo de Santa María el agua, que mana abundante en Lourdes, en Einsiedeln, en Fátima. Pero en Torreciudad, dondequiera que pongamos agua para saciar la sed de los fieles, irá un cartel que diga clara y terminantemente: **agua natural potable.**

La de esa Madre mía, Nuestra, que nos aguarda en aquellos riscos, será agua como un manantial fresco y vivo que manará sin cesar hasta la vida eterna.

Y a Nuestro Señor Sacramentado le haremos, con nuestra pobreza y con el amor de todos, un buen trono en el Sagrario rico y **acompañado**, que ha de presidir desde lo alto del retablo de la iglesia todas las actividades apostólicas que entre aquellas peñas aragonesas se realicen, para honra de su Madre, para bien de todas las almas y para el servicio de la Iglesia Santa.

El Fundador del Opus Dei poseía una sensibilidad extraordinariamente perceptiva: Dios —lo hemos visto ya— no le ahorró penas ni contrariedades. Para superar tantos apuros, para mantener la serenidad en sí y a su alrededor, aprendió muy pronto la eficacia de adherirse a los designios divinos: *La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz*²⁸. Ésa era la receta que dispensaba generosamente a quien estaba atribulado, para devolverle la serenidad y, con ella, la medida en las reacciones, en las emociones. Transcribo a continuación dos ejemplos.

28. Camino, 758.

El primero, es la respuesta que dio a alguien que le pedía un préstamo de palabras de consuelo, para aliviar el dolor de unos padres que acababan de perder a su hijo: *Primero diles que llamar cruces a eso, es una ofensa a la Santa Cruz. A mí no me gusta que llaméis cruces a lo que os produce dolor, porque la Cruz es el trono donde triunfó Jesucristo Sacerdote. Esos Cristos, rabiosos, encrespados, me molestan. El Señor extendió los brazos con gesto de sacerdote, y más que con hierros se dejó clavar en el madero, por Amor. Nos amaba tanto, tanto, que quiso sufrir mucho: y como tenía todo el poder, sufrió cuanto es posible, por cada uno de nosotros. De modo que no busca la pena de esos padres.*

Yo me lo explico. ¿Crees que no lloro cuando se mueren las personas queridas? Hay tantas a las que quiero... Durante estos mismos días estoy que no vivo, porque tengo dos con enfermedades incurables. Así que les entiendo, pero que no llamen cruz a eso, y que sepan que encontrarán a su hijo a la vuelta de la esquina, dentro de nada. ¡Si esto de aquí abajo es una mala noche en una mala posada! La vida se nos va de las manos. Duele a veces pensar así, pero es verdad. Diles que encontrarán enseguida al hijo que se les ha ido. Mientras tanto, pueden invocarle, para que les ayude en todas sus necesidades; pero que cesen de llorar. Las primeras lágrimas ante la muerte de un ser querido son un don de Dios; no seríamos criaturas hechas de carne y hueso si no lloráramos. Pero después, no hemos de sumirnos en una tristeza continua: que eso ya sería exagerar.

En otra ocasión, el Padre convoca a los suyos para que le ayuden a rezar, pidiendo el buen resultado de una operación de cirugía cardíaca a la que iba a ser sometido uno de sus hijos: *Hace pocos minutos, me han confirmado que operan a un hermano vuestro. Me han dicho que puede que- darse en la operación, y yo no vivo. Querría que os unierais a mi oración, a mi petición, para que el Señor nos lo quiera curar. Insistid una y otra vez, con tozudez, para que el Señor quiera, partiendo siempre de que amamos y aceptamos su Voluntad Santísima, aunque nos cueste.*

Una última manifestación de su amor a lo ordinario está en el reconocimiento como ingrediente normal de la vida de las realidades menos brillantes, frecuentemente duras, que es necesario recibir con naturalidad primero; para incorporarlas después, por el optimismo cristiano, en el *omnia in bonum* que tanto repetía como jaculatoria, fórmula abreviada del **diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum (Rom. 8, 28)** que no es un amuleto para soportar serenamente las inclemencias de la vida, sino la convicción de que Dios nos ha destinado a hacernos conformes con Cristo. *Durante nuestro caminar terreno, el dolor es la piedra de toque del amor... dolores y contrariedades, el transcurso del tiempo que consume los cuerpos y amenaza con agriar los caracteres, la aparente monotonía de los días aparentemente siempre iguales*²⁹. Frente a esa acción erosiva del tiempo que pasa, con su decadencia psíquica y corporal, hemos de oponer ese empeño de identificarnos con Cristo, de serle fieles: *Esa fidelidad delicada, operativa y constante —que es difícil, como difícil es toda aplicación de principios a la mudable realidad de lo contingente— es por eso la mejor defensa de la persona contra la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis mental*³⁰.

Sospecho que en estas últimas líneas podemos encontrar la razón de su atrayente gracia humana, de su vigor inexplicable y, en fin, del juego que Monseñor Escrivá de Balaguer sostenía en los últimos años de su vida en torno a su edad. Cuando dividía por diez su edad cronológica y declaraba, divertido, que sólo tenía siete años, un observador superficial podría percibir simplemente un detalle de humor. Había afirmado hace ya algunos años: *porque he cumplido ya bastantes años, pero al rezar al pie del altar al Dios que llena de alegría mi juventud (Ps XLII, 4), me siento muy joven y sé que nunca llegaré a considerarme viejo; porque, si permanezco fiel a mi Dios, el Amor me vivificará*

29. *Es Cristo que pasa*, 24.

30. *Conversaciones*, 1.

*continuamente: se renovará, como la del águila, mi juventud (Cfr. Ps CII, 5)*³¹. Qué interesante será estudiar las razones de esta juventud de espíritu, de esta madura infancia espiritual, sobre todo teniendo en cuenta que el Fundador del Opus Dei, en su juventud, había pedido intensamente para sí mismo la virtud de la gravedad: *¡Cómo la pedía —¡Señor, dame... ochenta años de gravedad!— aquel clérigo joven, nuestro amigo! (Camino, 72).*

HABLANDO A MÉDICOS Y ENFERMERAS

Quiero reunir bajo este epígrafe algunas frases que el Fundador de la Obra dirigió a médicos y enfermeras. Son expresiones de agradecimiento por la labor que realizan en servicio de los hombres. Son también voces de aliento que animan a no abandonar la constante tarea del mejoramiento de la formación profesional, para servir mejor. Son apelaciones al sentido de la responsabilidad como cristianos, en favor de la ayuda espiritual que se ha de ofrecer a los enfermos.

No esperemos encontrar aquí otras palabras que las palabras de un sacerdote de Jesucristo. Y como sacerdote, Monseñor Escrivá de Balaguer percibió ese rasgo analógicamente sacerdotal que tienen las profesiones de la salud, porque son entrega activa y celosa a un servicio lleno de nobleza a los hombres. Lo declaraba ante la pregunta que le hizo un traumatólogo, de cómo evitar la rutina, la tibieza en la actuación profesional. El Fundador del Opus Dei le respondió: *Ten presencia de Dios, como ya lo haces. Ayer estuve con un enfermo, un enfermo al que quiero con todo mi corazón de Padre, y comprendo la gran labor sacerdotal que hacéis los médicos. Pero no te pongas orgulloso, porque todas las almas son sacerdotales. ¡Hay que actuar ese sacerdocio! Cuando te laves las manos, cuando te pongan la bata, cuando te metas los guantes, tú piensa en Dios, y piensa*

31. *La libertad, don de Dios* (Homilía pronunciada el 10.IV.1956). Madrid, 1976, p. 26.

en ese sacerdocio real del que habla San Pedro ; y tú, entonces, no tendrás rutina: harás bien a los cuerpos y a las almas.

Año y medio más tarde, en una tertulia que tantos de nosotros recordaremos siempre —fue la última vez que nuestro primer Gran Canciller estuvo en la Universidad de Navarra— una enfermera de la Clínica Universitaria le interrogó acerca de cómo podría mejorar su trabajo. Gozándose de la oportunidad que se le brindaba de reiterar consejos y deseos otras veces expresados, Monseñor Escrivá de Balaguer respondió: *Esta pregunta me la han hecho enfermeras de muchas naciones, muchas veces, y me da mucha alegría que me dirijan esa pregunta u otras semejantes, porque es necesario que haya muchas enfermeras cristianas. Porque vuestra labor es un sacerdocio, tanto y más que el de los médicos. Iba a decir que más, porque tenéis la delicadeza —perdóname la cursilería—, la **inmediatez**, porque estáis siempre junto al enfermo. El médico va, y luego se marcha; los llevará en la cabeza, pero no los tiene constantemente ahí, delante de los ojos. De manera que pienso que ser enfermera es una vocación particular de cristiana. Pero, para que esa vocación se perfeccione, es preciso que seáis unas enfermeras bien preparadas, científicamente, y luego que tengáis una delicadeza muy grande: la delicadeza de que lleva fama la Facultad y la Clínica Universitaria de Navarra. ¡Dios te bendiga, hija mía! Esos dos atributos, delicadeza y calidad científica, les eran exigidos igualmente a los médicos: Me conmuevo —decía— cuando me cuentan algo que muchos de vosotros habréis experimentado. Los médicos no tienen más remedio que hacer como los confesores, pero en lo material: y los médicos de aquí no se preocupan sólo de lo material, sino también del alma. Tienen la misma preocupación que tú, y no le dicen a uno: desnúdese, sin más... Todo el mundo me comenta lo mismo: ¡qué delicadeza!, ¡qué atenciones! Se ve que manejan su ciencia; pero, sobre todo, además de ser unos grandes hombres y unos grandes médicos, tienen una delicadeza extraordinaria.*

Ahora que no se me pongan orgullosos los médicos,

porque los demás hacen lo mismo, cada uno en su terreno. Emulación, conviene que haya, para que cada día seáis más delicados, más cristianos; no sólo más sabios, no sólo más maestros, sino más discípulos de Cristo.

Estas palabras que fueron pronunciadas en aquella misma última tertulia de Monseñor Escrivá de Balaguer en la Universidad de Navarra tienen el valor de un testamento, de un último deseo, que todos los que trabajamos en esta Universidad hemos de esforzarnos en cumplir.

Para la enfermera, para el médico, el ser discípulo de Cristo se concreta en detalles, de los que aquí sólo podemos enumerar unos pocos: el amor a los Sacramentos, una profunda concepción de la muerte, un sólido sentido del valor de la vida...

Nuestro primer Gran Canciller decía a un médico en el Perú, en respuesta a una pregunta de cómo vencer el intenso temor a la muerte que se manifiesta en los enfermos y sus parientes y, aún, en los médicos; de cómo llegar a considerar la muerte como una «buena amiga», como «nuestra hermana»: *Oye, hijo mío, sólo te voy a contar una pequeña anécdota. No hace mucho, un amigo vuestro, a quien quizá no conocéis personalmente —es un hombre que dirige algunas empresas, está muy ocupado, y viaja constantemente de una parte a otra—, me explicaba que suele encontrarse con otros colegas y hacen un plan trienal o quinquenal de trabajo: «da gusto —comentaba él—, porque se les ocurren todas las posibilidades, ¡todas! ¡todas! Sólo les falta una, y les digo: vosotros, que habéis previsto esto, lo otro, lo de más allá, ¿habéis previsto que nos podemos morir?... ¡Tremendo! No lo tienen previsto y es lo único seguro. ¡Lo único seguro!»*

La muerte, hijos míos, no es un paso desagradable. La muerte es una puerta que se nos abre al Amor, al Amor con mayúscula, a la felicidad, al descanso, a la alegría. No hay que esperarla con miedo. Realmente un médico la considera desde otros puntos de vista; pero un médico cristiano, como tú —yo me he dado cuenta de cómo la ves, ¡que Dios

te bendiga!— debe mirarla de un modo positivo. Y los demás también. No es el final, es el principio. Para un cristiano morir no es morir; es vivir. Vivir con mayúscula. De modo que no tengáis miedo a la muerte.

Enfrentaos con la muerte. Dad la cara. Contad con ella; tiene que venir... ¿Por qué vas a tener miedo? Esconder la cabeza debajo del ala con miedo, con pánico, ¿por qué? Señor, la muerte es la vida. Señor, la muerte para un cristiano es el descanso, y es el Amor y de ahí no salgo. ¿Era esto lo que tú querías que te dijera?

Para las enfermeras nunca faltaban, además de palabras de cariño, otras para recordar la dignidad de su profesión y la colaboración que siempre pueden prestar a la realización del plan redentor de Dios, ayudando, en tantos casos, a que los enfermos puedan recibir los auxilios espirituales y los Sacramentos. *Quiero de modo muy particular a las enfermeras —decía en cierta ocasión a una profesora de una Escuela de Enfermeras—. Me parecéis, en medio del mundo, algo extraordinario. Sabéis sonreír cuando tendríais que estar ya cansadas y molestas. Sabéis tener delicadeza de madre, con gente que realmente os es extraña.*

¡Dios os bendiga! Pensad que estáis sirviendo a la familia de Nazaret, que aquel enfermo es Cristo. Lo ha dicho El, ¿te acuerdas? O que es la Madre de Dios. Trátamelos con cariño, con cuidado, con delicadeza. Que no les falte nada; sobre todo, los auxilios espirituales. Prepáralos bien. ¡Dios te bendiga! Bendigo a todas las enfermeras de todo el mundo. Y añadía en otra ocasión, a palabras muy semejantes a las que acabo de transcribir: ...rezo por vosotras, porque pienso en el bien y en el mal que podéis hacer. Si una persona está preparada, hasta bruscamente se le puede decir, sin inconveniente alguno, la verdad sobre su estado. Si no se encuentra preparada, aprovecha cualquier ocasión para que confiese y comulgue, y para que vuelva a comulgar. Y llega un momento en que esas criaturas tan enfermas están como deseando que les digan que se van al cielo. Yo conozco casos muy hermosos.

Cuántas veces recomendó el Fundador del Opus Dei alimentar la oración personal con las incidencias de la jornada, *hasta los detalles más pequeños de la jornada*³², porque Dios es *amoroso espectador de nuestro día entero*³³. Y en la oración es donde conseguiremos dar sentido a las cosas que no entendemos. Hay médicos, enfermeras que nunca se acostumbran a la muerte. Un cardiólogo brasileño confiaba a Monseñor Escrivá de Balaguer que, a pesar de su convivencia diaria con la enfermedad y de tener un punto de vista cristiano, experimentaba continuamente el impacto de la muerte y del dolor, especialmente en la gente joven. El Padre le mostró que esos sentimientos han de ser completados y purificados con un acto de fe, con la oración: *Te voy a contar una anécdota, hijo mío. Había un sacerdote joven que debía cumplir una misión... mundial. No tenía virtudes, y ahora tampoco las tiene: han pasado casi cincuenta años, cuarenta y siete... No poseía virtudes ni dinero. No tenía más que juventud, buen humor y gracia de Dios. Le gustaba mucho visitar a los enfermos pobres, y una vez se encontraba —como tantas— a la cabecera de un muchacho joven, moribundo, de ésos que a ti te apenan. A mí me apenan también, pero en aquel momento le envidié. Vi que aquella alma se iba derecha, purificada, al Señor y le dije: ¡te tengo envidia! Se fue muy consolado, muy contento.*

Quizás tú, alguna vez, sentirás un poco de envidia ante esos moribundos; y otras veces un poco de pena, porque les falta conformidad cristiana. Reza por ellos. Sé buen médico, como eres; buen cristiano, como eres; y harás una gran labor.

Quiero cerrar estas líneas que ensamblan palabras que Monseñor Escrivá de Balaguer dirigió a los médicos, con unas que como Gran Canciller pronunció en este mismo recinto, hace ahora casi nueve años, en aquella ceremonia solemne de investidura de Doctores *honoris causa*. Uno de ellos era don Carlos Jiménez Díaz, que, como sabéis, había

32. *Vida de oración* (Homilía pronunciada el 4.IV.1955). Madrid, 1973, p. 23.

33. *Ibid.*, 24.

muerto pocos meses antes. Dijo el Gran Canciller: *La Universidad de Navarra debe mucho al Profesor Jiménez Díaz, y es para mí una gran alegría tener ocasión de reconocerlo una vez más. Desde el principio comprendió la trascendencia de esta empresa educativa y científica, y con su experiencia y su aliento, cooperó eficazmente a hacerla realidad. Fue el primer Presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, y hasta su muerte ha sido Presidente Honorario. El Doctorado **honoris causa** que hoy se le confiere a título póstumo, y la lápida que honrará su memoria en la Facultad de Medicina, son el homenaje de admiración y agradecimiento al científico ilustre, al hombre de bien, al amigo queridísimo.* Sólo me resta un comentario: ¡qué fuerte sentido de la amistad tenía Monseñor Escrivá de Balaguer; qué fuerte era su fidelidad, qué firme su agradecimiento!

ROBAR UN PEDACICO DE CIELO

Acabamos de hacer mención de una de aquellas ceremonias de colación de Doctorados **honoris causa** en nuestra Universidad. En otra de esas ocasiones y aludiendo a la concesión del máximo honor académico al Profesor Erich Letterer, Monseñor Escrivá de Balaguer dijo en su discurso: *La Medicina alivia los sufrimientos del cuerpo y el dolor del alma, inseparables de nuestra condición humana, y facilita ese derecho del hombre a no estar solo en la hora difícil de la enfermedad y el desconsuelo.* Por sí mismo, por medio de los socios del Opus Dei, con la colaboración inapreciable de tantísimos cooperadores, con la ayuda y la simpatía de gentes de toda condición social, ¡cómo ha procurado nuestro primer Gran Canciller cumplir con obras y de verdad esas funciones que atribuía a la Medicina!

El impulso inicial para crear una Facultad de Medicina en el todavía por nacer Estudio General de Navarra partió de su corazón. Y por otra razonada suya, llevado de su amor urgente a las gentes que sufren, decidió que empezase ya en 1954 la enseñanza de la Medicina. Así, la Facultad

de Medicina es, por su antigüedad, el segundo de los centros de nuestra **Alma mater**. Y a la vez nació la Escuela de Enfermeras, que es su complemento indispensable, valiosísimo.

Cuando años más tarde, las circunstancias hicieron necesaria la Clínica Universitaria, el Padre —no puedo llamarle ahora simplemente el Gran Canciller de la Universidad— tomó la decisión de que las funciones de Administración de la Clínica fueran asumidas por asociadas de la Obra. Quiero detenerme brevemente en este punto para que podamos captar todo el valor de esta decisión. No es mi propósito ponderar aquí las complejidades técnicas, la eficiencia organizativa, la tensión psicológica que demanda la atención de unos requerimientos que se mantienen inalterados las veinticuatro horas de cada día sobre los servicios de cocina, lavandería, limpieza, etc., de un hospital moderno. Lo que quiero destacar es el valor de signo de predilección por los enfermos que tuvo tal decisión: al encomendar a sus hijas esas tareas —que, en honor a la verdad, hay que calificar de duras, a veces, extenuantes y que, siempre, son retribuidas con muy poca gloria humana o fama personal—, Monseñor Escrivá de Balaguer dio para atender a los enfermos lo mejor que tenía.

Aquí, como siempre, fue congruente consigo mismo. Había señalado, desde el comienzo de su Obra, como un rasgo permanente de su espíritu: *Desde siempre, cuando un hijo mío cae enfermo, he dicho a los que tienen que atenderlo: hijos míos, que esta criatura no se acuerde de que tiene lejos a su madre. Quiero indicar con esto que, en esos momentos, hemos de ser nosotros como su madre, para ese hijo mío y hermano vuestro, con el cariño y los cuidados que ella pondría. Y glosó en otra ocasión: Aunque somos pobres, nunca falta lo necesario a nuestros hermanos enfermos. Si fuese necesario, robaríamos para ellos un pedacito de cielo, y el Señor nos disculparía.*

No es difícil descubrir la magnanimidad de su corazón, la sinceridad, prácticamente demostrada, de su cariño por los enfermos: quiso para todos los innumerables pacientes,

de todas las procedencias sociales y geográficas, de toda mentalidad, que, al correr el tiempo, acudieran a las consultas de la Clínica Universitaria o ingresaran en su área de hospitalización, los mismos cuidados, idénticas atenciones, la misma delicadeza que para sus propios hijos. Es más: creo que para comprender las dimensiones de su cariño a los enfermos, un cariño universal, que no distingue, que no regatea, hay que comprender previamente que Monseñor Escrivá de Balaguer quiso para la Universidad de Navarra y, especialmente para su Clínica, ese aire *luminoso, ordenado y limpio, humanamente agradable* que sabe proyectar en un ambiente sólo aquel que tiene un concepto entrañable de lo que es un hogar. Y sabía muy bien que ese aire solamente se mantiene por quienes, como sus hijas, poseen la gracia del cuidado de los detalles, ese peculiar don femenino.

Muchos fueron las hijas e hijos de Monseñor Escrivá de Balaguer que vinieron de todas las partes del mundo a la Clínica Universitaria para ser tratados médicamente. Él mismo acudió a ella para hacerse alguna revisión general: ya hemos tenido ocasión de ver qué partido supo sacar de esas visitas para su catequesis de la sinceridad, virtud que amaba apasionadamente. Y apasionadamente también quiso vivir la mentalidad laical que es rasgo sustancial del espíritu del Opus Dei: con toda la fuerza de su personalidad arrolladora exigió —venciendo toda la resistencia que se le pudo oponer— que le fueran cobrados los honorarios de los consultores y los gastos de las exploraciones. Quiso hacerlo por amor a la justicia, por imitar a Nuestro Señor Jesucristo que **no vino a ser servido, sino a servir (Mt XX, 28)** y para dar ejemplo.

CORRESPONDENCIA DE AMOR

Creo haberos mostrado cómo el fundador del Opus Dei amó apasionadamente a Cristo en sus enfermos. Quiero ahora manifestar, cuando ya mi intervención toca a su fin, que a toda esa ternura, a esas prácticas manifestaciones de

cariño, a la fuerza de la ayuda espiritual, al consuelo de la conversación, se añadía siempre la súplica de que todos los sufrimientos fueran ofrecidos a Dios acompañados de la petición por las intenciones del Fundador de la Obra: La Iglesia, el Papa, las almas. ¡Qué seguro se sentía cuando contaba con el apoyo firme del dolor y la oración de los enfermos! *La redención por El realizada, es suficiente y sobreabundante.*

*Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad. La salvación continúa y nosotros participamos en ella: es voluntad de Cristo que —según las palabras fuertes de San Pablo— cumplamos en nuestra carne, en nuestra vida, aquello que falta a su pasión, **pro Corpore eius, quod est Ecclesia**, en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia (cfr. Col. 1, 24).*

Vale la pena jugarse la vida, entregarse por entero, para corresponder al amor y a la confianza que Dios deposita en nosotros³⁴. Y en esta tarea de corredimir con Cristo, los dolores y las oraciones de los enfermos ocupan un lugar de privilegio: Después de la oración del Sacerdote y de las vírgenes consagradas, la oración más grata a Dios es la de los niños y la de los enfermos³⁵. Encontramos en este pensamiento un eco de las palabras que nos sirvieron de punto de partida páginas atrás. Pero yo preferiría dejarlas fijas aquí para que sirvan de contraste a otras que pronunció Monseñor Escrivá de Balaguer en una tertulia que, justamente un año antes de su muerte, el 26 de junio de 1974, mantuvo en el Teatro Coliseo de Buenos Aires. Me vais a permitir que transcriba íntegramente un diálogo, que es un trozo de vida. Os lo relato:

—Padre, yo soy de Rosario.

—¡Rosarina! ¡Qué ciudad más hermosa! Me han dicho que es muy hermosa, pero, claro, es más moderna que Buenos Aires. Sigue.

34. *Es Cristo que pasa*, 129.

35. *Camino*, 98.

—Yo me considero católica práctica, creo. No pertenezco a la Obra.

—*Y es que no hay necesidad de pertenecer a la Obra para ser católica práctica.*

—Pero mi esposo, que falleció hace unos días era de la Obra, era del Opus Dei.

—*¿Tú lo querías?*

—Sí.

—*Aquí se confiesa todo, ¿eh?*

—No, yo quiero... Preguntas me gustaría hacerle muchas, pero en este momento quiero agradecer, profundamente, a sus amigos y compañeros de la Obra, de Rosario, que lo han ayudado desde un principio de su enfermedad hasta la hora de la muerte. Y a nosotros, también. Y dentro de nuestro profundo dolor de perder al esposo y al padre, vuelvo a repetir, dentro de nuestro profundo dolor... no sé si la palabra que voy a decir es la adecuada, pero fue para nosotros... *una fiesta espiritual*. Y tratamos, mis hijos y yo, de afrontar esta situación con resignación cristiana: porque nos ha dado un ejemplo maravilloso, que no creo que mucha gente pueda haber muerto de la forma que él lo ha hecho.

—*Hija mía, yo veo morir en todo el mundo, y vivir, mucha gente como tu marido, encantadores. Tú no lo has perdido.*

—No, Padre.

—*Lo tienes en el cielo, ¿oyes?*

—Sí, Padre.

—*Y, además, una esposa que dice del marido lo que tú dices aquí, merece el respeto, y la consideración, y la simpatía de todos. La tienes.*

—Muchas gracias.

—*Y tendrás mi oración que, por ser la oración de un sacerdote, vale algo: casi tanto como la de un enfermo.*

Si tan grande fue la estima que el Fundador del Opus Dei tuvo por esta oración, si tan firme era su fe en la eficacia impetratoria de los sufrimientos que se unen a los dolores de Cristo, también fue grande la generosa respuesta que obtuvieron sus ruegos, su ir mendigando oraciones por

todo el mundo. Ha podido decirse con expresión feliz que, con el transcurso de los años, se constituyó entre los socios de la Obra, entre los cooperadores y amigos, la costumbre no codificada de ofrecer a Dios el tesoro de la enfermedad a cambio del cumplimiento de las intenciones del Padre.

Copio unas líneas de una carta que Monseñor Escrivá de Balaguer envió a un hijo suyo que se encontraba ya en una fase muy avanzada de la evolución de su enfermedad: *Sigue rezando, y reza también por mí. Yo lo hago todos los días pidiendo por todos vosotros, y sintiéndome fuerte en esa unidad que nace de la Comunión de los Santos: es la hora de rezar, de importunar al Señor para que quiera acortar el tiempo de la prueba de la Iglesia. Y nos toca a nosotros esa bendita responsabilidad de ser hombres rezadores, hombres que no se cansan, a pesar de los pesares: únete a mis intenciones.*

¡Con cuánto cariño, con cuánto heroísmo oculto se ha sabido corresponder a esa petición del Fundador de la Obra! No me parece oportuno referiros alguna de las innumerables anécdotas que traducen la infinita variedad de modos en que se ha hecho realidad esta oblación de vidas y dolores. Algunas son tan próximas en el tiempo o nos han afectado tan de cerca que prefiero no poner a prueba mi serenidad, por no decir que la vuestra. Haré una excepción singular: tiene toda la calidad de un prototipo, la fuerza convincente de una eficacia que no se extingue. Me refiero a la enfermedad y muerte de la madre de Monseñor Escrivá de Balaguer. Así ha dejado nuestro Fundador constancia escrita de su recuerdo: *En 1941, dejé a mi madre muy enferma en Madrid, para ir a Lérida a dar un curso de retiro a sacerdotes diocesanos. Conocía la gravedad, pero los médicos no pensaban que la muerte de mi madre fuera inminente, o que no pudiera curarse. «Ofrece tus molestias por esa labor, que voy a hacer», pedí a mi madre al despedirme. Asintió, aunque no pudo evitar decir por lo bajo: «jeste hijo!...»*

Ya en el seminario de Lérida, donde estaban de retiro los sacerdotes, acudí al Sagrario: «Señor, cuida de mi madre,

puesto que estoy ocupándome de tus sacerdotes». A mitad de los ejercicios, a mediodía, les hice una plática: comenté la labor sobrenatural, el oficio inigualable que compete a la madre junto a su hijo sacerdote. Terminé, y quise quedarme recogido un momento en la capilla. Casi inmediatamente vino con la cara demudada el Obispo administrador apostólico, que hacía también los ejercicios, y me dijo: «don Alvaro le llama por teléfono». «Padre, la abuela ha muerto», oi a Alvaro.

Volví a la capilla, sin una lágrima. Entendí en seguida que el Señor mi Dios había hecho lo que más convenía: y lloré, como llora un niño, rezando en voz alta —estaba solo con El— aquella larga jaculatoria, que tantas veces os recomiendo: fiat, adimpleatur, laudetur... iustissima atque amabilissima voluntas Dei super omnia. Amen. Amen. Desde entonces, siempre he pensado que el Señor quiso de mí ese sacrificio, como muestra externa de mi cariño a los sacerdotes diocesanos, y que mi madre especialmente continúa intercediendo por esta labor.

AMOR A LA VIDA

Llega ya el momento de terminar, y aunque podría seguir acopiando recuerdos y anécdotas; añadiendo, a las ya transcritas, otras palabras llenas de fuerza moral, de inspiración y de cariño, he de dar remate a este deshilvanado resumen. Y voy a hacerlo anotando brevísimamente un aspecto de la catequesis de Monseñor Escrivá de Balaguer, de amplias resonancias en el campo de la Medicina: su amor apasionado por la vida humana. Me resisto a emplear a este efecto una expresión de uso más común —el respeto a la vida humana— porque, aun estando llena de nobleza y de fecundas consecuencias prácticas, no designa con propiedad aquella actitud, tan arraigada en el espíritu del Fundador del Opus Dei, que estaba hecha de una mezcla de entusiasmo por la vida, de gozo ante esa participación del poder creador de Dios que es el fin primario del matri-

monio, de convencimiento de que *no hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios*³⁶; de dolor por la degradación de lo humano que, al despreciarse a sí mismo, designa cuántos y quiénes son dignos de vivir y quiénes han de ser aniquilados sin apelación en una matanza programada.

En su catequesis de amor a la vida humana —en realidad, de amor a las almas— utilizaba toda la gama de recursos a su alcance: desde el elogio encendido al valor enaltecedor de la maternidad fecunda —¿cómo se iluminaban los rostros de las madres de familia numerosa, de toda raza y condición, al escucharle!—, hasta el persuasivo razonamiento de las respuestas que en la entrevista sobre **La mujer en la vida del mundo y de la Iglesia**³⁷ daba a las cuestiones relativas al número de hijos; desde las palabras que aquí mismo pronunció, hace ahora dos años, en el estilo clásico e intemporal de su discurso académico al recibir como Doctores **honoris causa** a Monseñor Hengsbach y al Profesor Lejeune, hasta las anécdotas llenas de humor de las que os referiré una más adelante: todo servía a Monseñor Escrivá de Balaguer para hacer esta apología de la vida, para crear en su auditorio una recta conciencia cristiana, para ahogar los instintos malignos y la ignorancia que dominan tan extensos sectores de la humanidad en la abundancia de la caridad, en la luz de la ciencia de Dios.

Quiero relataros un episodio significativo y emocionante. El 14 de febrero de 1975, en Caracas, en el curso de una tertulia alegrada por la celebración de entrañables aniversarios, se desarrolló esta breve e inolvidable escena. Una joven madre pide a Monseñor Escrivá de Balaguer una bendición para la criatura que tiene en brazos. La joven madre es enfermera y explica que, dos años atrás, ignorando que se encontraba en estado, hubo de someterse a un examen radiológico. Al confirmarse la gestación, «todos —añade— me mandaron abortar, porque pensaban que el niño iba

36. *Es Cristo que pasa*, 13.

37. Cfr. *Conversaciones*, 94 y 95.

a salir completamente deforme. Me presionaron mucho y muchos me dijeron que lo que iba a tener era una monstruosidad, porque el estudio radiológico había sido muy grande. Precisamente yo acudí a un Centro de la Obra y hablé con ellas y me aconsejaron y me ayudaron: recé mucho y ellas por mí. Y ahora tengo una niña muy linda, Padre, que, aunque no esté permitido que entre, yo la traje para que Usted me la bendiga». El Padre bendice a la niña y dice: *Bendecida* y en cuanto los aplausos —que pocas veces fueron tan elocuentes como en aquella ocasión— se apagaron, añadió: *y que seas tú mil veces bendita también, porque has obrado como una buena cristiana: no tiene otro camino una cristiana. Lo otro es criminal, brutal; es un asesinato, un infanticidio y es privar a una criatura del Paraíso.*

Y ahora viene aquí como anillo al dedo, para atemperar la emoción, la bienhumorada historia que hace un momento os prometí y que el Padre refería de un hijo suyo, chino, Doctor en Medicina, que trabajaba en una nación americana: *Es una cosa verdaderamente original. Fue una indita, empujada por la propaganda diabólica que algún Estado hace en tierras americanas, para decirle que quería abortar. Este médico le aclaraba:*

—*¡Esto no se puede hacer, es un crimen! ¡Esto es un asesinato!*

Yo suscribo que es un asesinato: un asesinato diabólico, porque esa pobre criatura ni siquiera se puede defender... Además, para mí, que tengo la fe entera, es privarle del Cielo. Esa criatura, sin recibir el bautismo ¿a dónde irá? Sacad todas las consecuencias que queráis, porque estáis en lo cierto.

Cuando vio que no podía con aquella mujer, que se iría seguramente a otro médico, tuvo una moción verdaderamente sobrenatural: algo así como un juicio de Salomón. Le preguntó:

—*¿Cuántos hijos tienes?*

La indita contestó que seis o siete.

—*Y el mayor, ¿qué edad tiene?*

—Nueve años.

—¿Por qué no quieres tener este otro?

—Porque no les puedo dar de comer.

Entonces le dijo ese hijo mío:

—Pues mira, no; a este que te va a nacer, no; pero tráeme al de nueve años, que te lo mataré.

La mujer se llevó las manos a la cabeza:

—¡No!, ¡no!

Le razonaba el médico:

—¡Pero si éste es el que come más! En cambio, el que te va a nacer, apenas gastará nada, porque le darás el pecho...

A una mujer cristiana —concluía el Padre, al terminar la anécdota— no se le debe ir con estos argumentos; le basta la Ley de Dios.

Y, para el médico, no sólo la Ley de Dios, que es Ley para todos, está en el origen de ese amor a la vida. Para el médico, para todos los que trabajan en los nobles oficios que buscan la salud, hay unas razones adicionales que constituyen el núcleo operativo de la profesión: ese compromiso, tan antiguo como la Medicina misma, de que lo primero es no hacer daño; ese prejuicio invencible, del cual nace toda técnica curativa y todo progreso verdadero, que dicta que jamás nada está irremediablemente perdido; esa ilusionada convicción de que es necesario seguir luchando contra la enfermedad y la muerte, de que es una hipótesis repelente la incongruencia de un médico verdadero convertido en un sanguinario destructor de vidas.

Ahogar el mal en abundancia de bien, le gustaba repetir a Monseñor Escrivá de Balaguer. Aplicando ese principio al tema que nos ocupa, copio estas líneas del discurso del Gran Canciller del 9 de mayo de 1974: *Las vidas humanas, que son santas porque vienen de Dios, no pueden ser tratadas como simples cosas, como números de una estadística. Al considerar la realidad profunda de la vida, se escapan del corazón humano sus afectos más nobles. ¡Con qué amor, con qué ternura, con qué paciencia infinita, miran los padres a sus hijos antes incluso de que nazcan! ¿Y acaso no vive por*

igual la generosidad incansable, la atención a lo concreto, o la serenidad de juicio, el teólogo que desmenuza el sentido de la palabra divina sobre la vida humana? ¿O no es también espera ilusionada, capacidad de intuición, agudeza de ingenio, la del médico que aplica los remedios más modernos para evitar el riesgo de una enfermedad congénita, que pone quizá en peligro la vida de la criatura aún no nacida?

* * *

He procurado cumplir lo que al principio os señalaba: recopilar palabras, recoger hechos, que ilustran el amor de Monseñor Escrivá de Balaguer por los enfermos; su dilección hacia médicos y enfermeras; su doctrina luminosa hecha con los brillos de una fe viva, de una esperanza gozosa, de una caridad rebotante. Y para que el recuerdo de estas enseñanzas perdure en nosotros retengamos en la memoria unas palabras que, nacidas de su sentirse fuerte en la filiación divina, pueden servirnos como resumen de su afirmativa manera de ver las cosas de aquí abajo: *sin miedo a la vida, y sin miedo a la muerte.*